

Si llega á establecerse el sistema penitenciario, en la forma en que segun los adelantos de la época se está construyendo en México, la penitenciaría de Guadalajara en lugar de que sea una carga para el Estado, á la vez que producirá una renta importante, dará en el órden moral los resultados humanitarios exigidos por la civilizacion y reclamados por nuestras instituciones, de regenerar á los malhechores haciéndolos útiles á la sociedad, en vez del salvajismo de quitarles la vida, pre entándonos con frecuencia, la llamada *vindicta pública*, los cuadros horripilantes del cadalso.

Escobedo solo vió los fundamentos de su obra: la guerra civil que no habia desaparecido, lo hizo separarse de la escena política sin que hubiera podido dar cima á multitud de pensamientos benéficos para la ciudad, que con anterioridad habia descubierto á sus amigos. Guadalajara hace de Escobedo muy grata memoria y ha inmortalizado su nombre en el hermoso jardin que sirve de plazoleta al importante edificio de que nos hemos ocupado.

CAPITULO VIII.

PRIMEROS SITIOS QUE SUPRE LA CIUDAD.—EL COLERA.—EL SE. OFE-
PO ARA DA.—D. JOAQUIN ANGULO.—D. JESUS LOPEZ POR-
TILLO.

Guadalajara vió por primera vez ensangrentado su suelo con los horrores de un sitio. El 20 de Mayo de 1848 un pronunciamiento en contra de las autoridades federales, promovido por el entonces coronel D. José María Yañez, dió principio á la lucha que despues hizo cambiar el gobierno de la Nacion de ardo el poder el general D. Mariano Paredes y Arrillaga á D. Antonio López de Santa-Anna.

El general Pacheco, enviado de México, llegó á las goteras de la ciudad con una fuerza que no bajaba de cinco mil hombres de las tres armas. Dió varios é infructuosos asaltos, en uno

Si llega á establecerse el sistema penitenciario, en la forma en que, según los adelantos de la época se está construyendo en México, la penitenciaría de Guadalajara en lugar de que sea una carga para el Estado, á la vez que producirá una renta importante, dará en el órden moral los resultados humanitarios exigidos por la civilización y reclamados por nuestras instituciones, de regenerar á los malhechores haciéndolos útiles á la sociedad, en vez del salvajismo de quitarles la vida, pre entándonos con frecuencia; la llamada *vindicta pública*, los cuadros horripilantes del cadalso.

Escobedo solo vió los fundamentos de su obra: la guerra civil que no habia desaparecido, lo hizo separarse de la escena política sin que hubiera podido dar cima á multitud de pensamientos benéficos para la ciudad, que con anterioridad habia descubierto á sus amigos. Guadalajara hace de Escobedo muy grata memoria y ha inmortalizado su nombre en el hermoso jardín que sirve de plazoleta al importante edificio de que nos hemos ocupado.

CAPITULO VIII.

PRIMEROS SITIOS QUE SUPRE LA CIUDAD.—EL COLERA.—EL SR. OJEDA.—POARA DA.—D. JOAQUIN ANGULO.—D. JESUS LOPEZ PORTILLO.

Guadalajara vió por primera vez ensangrentado su suelo con los horrores de un sitio. El 20 de Mayo de 1846 un pronunciamiento en contra de las autoridades federales, promovido por el entonces coronel D. José María Yañez, dió principio á la lucha que despues hizo cambiar el gobierno de la Nacion de ando el poder el general D. Mariano Paredes y Arrillaga á D. Antonio López de Santa-Anna.

El general Pacheco, enviado de México, llegó á las goteras de la ciudad con una fuerza que no bajaba de cinco mil hombres de las tres armas. Dió varios é infructuosos asaltos, en uno

Si llega á establecerse el sistema penitenciario, en la forma en que segun los adelantos de la época se está construyendo en México, la penitenciaría de Guadalajara en lugar de que sea una carga para el Estado, á la vez que producirá una renta importante, dará en el órden moral los resultados humanitarios exigidos por la civilizacion y reclamados por nuestras instituciones, de regenerar á los malhechores haciéndolos útiles á la sociedad, en vez del salvajismo de quitarles la vida, prentándonos con frecuencia; la llamada *vindicta pública*, los cuadros horripilantes del cadalso.

Escobedo solo vió los fundamentos de su obra: la guerra civil que no habia desaparecido, lo hizo separarse de la escena política sin que hubiera podido dar cima á multitud de pensamientos benéficos para la ciudad, que con anterioridad habia descubierto á sus amigos. Guadalajara hace de Escobedo muy grata memoria y ha inmortalizado su nombre en el hermoso jardin que sirve de plazoleta al importante edificio de que nos hemos ocupado.

CAPITULO VIII.

PRIMEROS SITIOS QUE SUFRE LA CIUDAD.—EL COLERA.—EL SR. OBIEPO ARA DA.—D. JOAQUIN ANGULO.—D. JESUS LOPEZ PORTILLO.

Guadalajara vió por primera vez ensangrentado su suelo con los horrores de un sitio. El 20 de Mayo de 1848 un pronunciamiento en contra de las autoridades federales, promovido por el entonces coronel D. José María Yañez, dió principio á la lucha que despues hizo cambiar el gobierno de la Nacion de ando el poder el general D. Mariano Paredes y Arrillaga á D. Antonio López de Santa-Anna.

El general Pacheco, enviado de México, llegó á las goteras de la ciudad con una fuerza que no bajaba de cinco mil hombres de las tres armas. Dió varios é infructuosos asaltos, en uno

de los cuales murió el célebre general Gaiferos Arévalo; y después de sesenta días de asedio, levantó el sitio, retirándose con muchas bajas en sus fuerzas, á Lagos, en donde supo el cambio de gobierno ocurrido en la capital de la República.

Guadalajara volvió á reanimarse; y como el plan proclamado en ella había triunfado, cambiando por completo la faz política del país, los desastres de la guerra fueron indemnizados con la paz que siguió disfrutando Jalisco; pues el estruendo ocasionado en 1847 con la invasión americana, apenas se sintió. Los contingentes del Estado ingresaron al ejército nacional y solo las tristes noticias de la guerra llegaban á esas apartadas regiones.

Por este tiempo fué elegido gobernador el notable juriscor. sulto D.° Joaquin Angulo: hombre honrado y de carácter enérgico á la vez que conciliador y una de las figuras más prominentes entre los hombres de Estado.

Sus esfuerzos constantes se dirigieron á mantener la paz en Jalisco, donde germinaban ya los elementos de una nueva conmoción política; pero debido á su tacto y á las simpatías que adquirió en todos los bandos, pudo con tranquilidad concluir su período, sin que ocurriera en él otro acontecimiento notable que la invasión del *colera morbus* en la República, en cuyas

circunstancias dictó sabias disposiciones asesorado por un consejo de insignes médicos, que nombró al efecto.

Ya el año de 1833, esta asoladora epidemia había hecho estragos horribles en el Estado y según datos escrupulosamente recogidos, diezmo la población, cubriendo de luto á todas las familias de Jalisco. Debemos hacer constar que los esfuerzos del Sr. Angulo para remediar las necesidades de la clase proletaria empeoradas con la peste, fueron secundados por el Sr. Dr. D. Diego Aranda y Carpinteiro, último obispo de aquella diócesis, quien de su propio peculio dió gruesas sumas para el auxilio de los enfermos. Hemos llamado al Dr. Aranda, último obispo, porque su sucesor en aquella mitra el Dr. D. Pedro Espinosa, fué promovido en 1854 al pábulo arzobispal, rango á que elevó Roma al territorio, con el nombre de "Arzobispado Occidental de Guadalajara."

Por este tiempo comenzaron á construirse los dos últimos cuerpos de las torres de Catedral, que hoy admira el viajero. Dirigió la obra el arquitecto D. Manuel Gómez Ibarra.

El año de 1850 se eligió gobernador, al Sr. Lic. D. Jesus López Portillo. Fué en lo general bien recibido por los habitantes que conocían su ilustración y lo patriótico de sus miras. Inmediatamente se propuso plantear el reglamento de policía hecho

por el general D. José de la Cruz; y pretendia con una suma cuantiosa de sanas intenciones, hacer todo el bien posible al Estado, cuando cinco meses despues de su elevacion al poder ejecutivo, el dia 26 de Junio, una asonada vino à perturbar la paz de aquellos pueblos.

D. José M. Blancarte se pronunció y asaltó el palacio apoderándose de todos los elementos del gobierno, y las autoridades se retiraron, primero al cercano pueblo de San Pedro, despues al de Zapatlanejo y por último fijaron su residencia en Lagos, ciudad limitrofe con el Estado de Guanajuato, en donde reuniendo los pocos elementos que en Jalisco les quedaban pudieron hacer frente à los sublevados.

La vacilacion y debilidad características en la administracion del general D. Mariano Arista, hicieron que lo que al principio solo fué un motin en Guadalupe, se convirtiera con rapidez en un gran foco de rebelion que à fin trastornó el orden público en la Nacion.

Casi cinco meses despues del pronunciamiento de Blancarte, pudo el gobierno del centro mandar una brigada à las órdenes del general Vazquez, juzgando esta fuerza suficiente para reducir à los pronunciados; pero la tardanza para obrar con la actividad que el caso requeria, originó que los amotinados se pusieran en

contacto con los partidarios del general Santa-Anna, quienes los estrecharon à cambiar por completo las bases fundamentales del plan que al principio proclamaron.

Resueltos los pronunciados à resistir, fortificaron la ciudad, alentados con la presencia de los Sres. Juan Suarez Navarro y Perdigon Garay, principales agentes de Santa-Anna, redoblándose su entusiasmo con la adquisicion que hicieron del coronel José López Uruga que se les incorporó, disgustado por haber sido destituido del mando de la brigada que iba al asedio de Guadalupe. Este hecho desleal por parte de Uruga justificó eloquentemente su destitucion dispuesta por el general Arista, que conocia su carácter versátil, del cual doce años despues dió tan lamentable testimonio con la defeccion al gobierno republicano para alistarse en las filas del imperio. Este último error le ocasionó el más cruel remordimiento de diez años, muriendo hace tres en el ostracismo, repellido por su Patria, desconocido por sus compañeros de armas y abandonado de sus amigos.

Despues de muchos retardos y vacilaciones provenientes, los primeros, de la falta de recursos en el gobierno del centro, se acercó el ejército à Guadalupe, mandado por el valiente general D. José Vicente Mifon, à quien por orden superior lo entregó el general Vazquez.

El 15 de Diciembre de 1852, llegó el enemigo á la ciudad, sitúando el cuartel general en el pueblo de San Pedro. Diremos en confirmacion de la penuria del gobierno que un día antes se habia presentado á la Cámara de diputados el Ministro de Hacienda D. Guillermo Prieto, excitándola á que arbitrara recursos para contener los avances de esta revolucion y disgustado el presidente de ella porque los ministros de hacienda siempre ocurren á la Cámara para adquirir numerario, dijo estas, por lo gracioso, célebres palabras: "*La Cámara de diputados, Señor Ministro, no es casa de moneda.*" Inmediatamente el presidente agitó la campanilla y levantó la sesion interrumpiendo al Sr. Prieto que se disponia á contestar.

La fuerza que atacaba, aunque escasa, era la mejor que habia en el país; pero los sitiados tenían sobre sus contrarios la inmensa ventaja de las posiciones.

Se dió un terrible asalto á la fortificacion de San Felipe Neri, dirigido personalmente por Miñon, que resultó herido en la nariz; se bombardeó el convento de San Francisco y despues de doce dias de asedio, el general en jefe viendo sus esfuerzos inútiles, los recursos agotados y más que todo esto, la popularidad que en la mayoria de la República alcanzaba el plan proclamado en Guadalupe, levantó el sitio el 27 del mismo mes, retirándose hácia la capital.

Por segunda vez la ciudad librándose de los horrores consiguientes á un triunfo por asalto, volvió á emplear sus poderosos elementos en curar sus heridas y en proseguir su camino de reconstruccion, no obstante la série de disturbios que siguieron ensangrentando el país ocasionados por la última administracion dictatorial del general Santa-Anna que pesaba horriblemente sobre la nacion. En esa última época tomó este hombre vanidosísimo el tratamiento de *Ateza Serenísima* y se hizo más odioso aún con la venta del territorio de la Mesilla.

A poco tiempo comenzó á organizarse la revolucion en el Sur de Michoacan y pronto cundiendo por todo Jalisco volvió á poner en alarma á Guadalupe.

El 17 de Enero de 1854 pasó cerca de la ciudad D. Santos Degollado, con una pequeña fuerza que á todo rigor llegaba á 400 hombres mal armados, con la esperanza de sorprender la plaza y aunque no logró su intento, se le incorporaron varios individuos montados y armados.

Fungia en esa vez de Gobernador y Comandante militar del Departamento, el general D. José María Ortega y tenia á sus órdenes fuerzas suficientes para impedir la alarma de los habitantes saliendo á batir á Degollado, seguro de obtener en pocas horas la destruccion completa de su guerrilla. pues no merecia otro nombre; pero se limitó el prudente Ortega á cubrir

de soldados las alturas y á declarar la ciudad en *estado de sitio*.

Degollado se retiró rumbo al pueblo de Coquila en el cual, víctima de una sorpresa, fué derrotado por fuerzas enviadas en su alcance.

Los grandes trastornos públicos se multiplicaban. El gobierno de Santa-Anna obraba con actividad para conjurar la tempestad, mas su desprestigio redoblaba la esperanza de los caudillos de la revolucion que con diligencia prodigiosa cruzaban en todas direcciones el pais, con grupos de fuerzas regularizadas. El entusiasmo era mayor en Jalisco, por cuyos pueblos pasaban constantemente guerrillas de pronunciados más ó menos moralizados y algunas capitaneadas por individuos de instintos bandálicos, que tenían en constante zozobra á los habitantes pacíficos, principalmente á los acomodados. Estos comenzaron á emigrar en grandes carabaneros huyendo el centro de Guadalajara, á donde se dirigían en busca de garantías y de tranquilidad.

Alarmado el centro con el gran incremento que en el Estado tomaba la revolucion y desconfiando del pequeño espíritu de general Ortega, nombró Comandante militar á D. José María Gamboa, hombre en quien sobaban la aptitud y la energía que faltaban en aquel.